

una agresión extranjera para anexar nuestro país, como está sucediendo en Méjico, ¿qué será lo que suceda? Lo que Tácito en la vida de Agrícola escribió como un aforismo: *Singuli dum pugnant, universi vincuntur.*

Las reflexiones de M. Guizot se registran enunciadas en el oficio fecha 17 de Septiembre de 1787, por el Presidente Jorge Wáshington, remitiendo al Congreso el proyecto de Constitución de los Estados Unidos.

Los enemigos del gobierno central, necesario para salvar la nacionalidad, son como los apóstoles de la tolerancia, los más intolerantes cuando se trata de la concentración de los respectivos Estados, en términos que el Gobierno general viene á serlo en el nombre, y tan insignificante en el interior como en el exterior.

MIGUEL TOBAR.

Bogotá, 20 de Julio de 1860.

Reminiscencia del Sitio de Cartagena

Quoaeque ipse miserrima vidit....

A mediados del año de 1815, aciago para la causa de la Independencia por el desgobierno y por el cansancio de los pueblos, las mutuas animosidades personales que de tiempo atrás existían entre los Generales Manuel del Castillo Rada y Simón Bolívar, habían producido consecuencias funestas para la seguridad del país, á más de frustrar el plan de operaciones sobre la Provincia y Plaza de Santamarta, cuya ejecución fue encomendada al último de estos dos Jefes por el impotente Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. De la lucida División con que para tal objeto había bajado Bolívar el Magdalena, y para cuyo completo equipo rehusó proveer Castillo el armamento necesario del que existía en los parques y almacenes de Cartagena, sólo quedaban quinientos ó seiscientos hombres.

en las sabanas del Corozal, á órdenes del Corouel Florencio Palacios, después de una tentativa inútil para desalojar de Mompox al español Larrús. Y no sólo acababa de perderse aquella importante ciudad fluvial: toda la línea del bajo Magdalena hasta Barranquilla, con sus fortines, su material de guerra y la división de bongos armados que, mientras estuvo guarnecida ayudaba á su defensa, se hallaban ya en poder de las tropas realistas samarias al mando de Capmany.

Sabíase en Cartagena el arribo á las costas de Venezuela de la expedición de Morillo, y se hacían algunos preparativos de defensa para el caso eventual de un ataque á la Plaza; pero preparativos lentos y en pequeña escala, casi limitados á artillar las murallas y desherbarlas, mejorar los fosos y el rebellín del frente de Santa Catalina, reparar estacadas y puentes levadizos, y construir un camino cubierto de fajinas del de la Medialuna al castillo de San Felipe: porque bastante se dudaba tener que habérselas con aquella respetable división marítima que había sufrido considerables descalabros en la isla de Margarita.

La situación exigía, además, gastos militares enormes, y para ellos quizá se contaba apenas con los escasos productos de la Aduana, los aprovechamientos del corso, y la venta ó acuñación en moneda macuquina de las alhajas de oro y plata de las iglesias: por esta transformación de cuño pasaron entonces el famoso sepulcro de plata de la Catedral, de carácter histórico, cautivo del Almirante francés Pointis en 1697, y la bella y valiosa palma del mismo metal con que galantemente fue devuelto por el Gobierno de Luis xiv.

En los primeros días de Agosto, un buque de guerra inglés, procedente de Santamarta, trajo noticia auténtica de haber llegado á aquel puerto la escuadra y el ejército español de Morillo, reforzado éste por un numeroso cuerpo de realistas venezolanos á órdenes del sanguinario is-

leño Morales. Procedióse con actividad, en consecuencia, á coleccionar ganados y solicitar víveres del Sinú y de las Antillas, poner en armas toda la gente disponible, hacer entrar los restos de los oficiales y tropa de la división de Bolívar, destinándolos en su mayor parte á la defensa del cerro y convento de La Popa, guarnecer suficientemente el castillo de San Felipe y los del Pastelillo y Bocachica, y arrasar en lo posible las inmediaciones de la Plaza.

El pueblo de Turbaco, que era el cercano más importante para un ejército sitiador, y contenía muchas espaciosas casas de recreo de los habitantes acomodados de Cartagena, fue incendiado íntegramente. Cuando se estableció el bloqueo por mar y tierra, dejando cerrada toda vía de socorro, la ciudad se hallaba desprovista de lo necesario para el mantenimiento por más de dos meses de las dieciocho ó diecinueve mil personas concentradas en ella, y pronto hubo que matar, salar y embarrilar caballos y burros, en calidad de reserva para último recurso alimenticio.

Como Teniente de Ingenieros, había recibido yo comisión para fortificar el cerro de La Popa, dándoseme por operarios unos ochenta soldados españoles de los prisioneros hechos por casual encuentro á bordo de la fragata mercante *Neptuno*, que conducía un cuadro á Panamá á órdenes del Brigadier Hore. Varios de sus oficiales habían sido asesinados brutalmente en las prisiones de la antigua Inquisición, por hombres exaltados que forzaron sus puertas en la noche del 6 de Julio, y estos infelices temían para sí á toda hora atentados semejantes; pero, logré protegerlos y tranquilizarlos, á más de proporcionarles, en medio de la escasez, suficiente ración con arbitrios diversos, y correspondían á estos cuidados trabajando bien. Ni los tuvieron olvidados tampoco para agradecerlos, cuando más tarde se les presentó á algunos de ellos la ocasión de servirme, hallándose salvos y yo preso después de un naufragio en el castillo de San Jerónimo de Portobelo.

Las fortificaciones emprendidas y llevadas con perseverancia á buen término, consistían: 1.º, en una línea angular de parapetos con sus banquetas para fusilería y lanza, que cerraba todo el lado accesible de la meseta del Convento, quedando el terreno con cuatro ó cinco varas de escarpa hacia afuera, y cuyo extremo, mirando á la plaza, daba entrada al interior por un puente levadizo sobre un foso revestido de piedra; y 2.º, en un reducto circular flanqueante de estos parapetos, á espaldas de la sacristía de la iglesia, con un mortero pedrero y dos piezas ligeras de artillería que dominaban y enfilaban la angostura superior del camino de subida. En éste se practicó una cortadura á inmediaciones del reducto, escarpado también; y en la punta del cerro se situaron dos ó tres piezas de á doce, cuyos fuegos barrían el playón de Alcibia y las orillas de la laguna de Tesca. En lo material, todas las defensas eran por el estilo de las que acostumbábamos levantar sobre el Magdalena: estacada doble maciza, bien enterrada y trabada, con forro interior de tabla ó ramaje y relleno de tierra.

Mandaba en La Popa el General Francisco Bermúdez, cumanés, recién emigrado de Venezuela: y cuando éste reemplazó á Castillo en la plaza, á mediados de Octubre, por el indecoroso arbitrio de un motín militar, quedó la Comandancia á cargo del Teniente Coronel Carlos Soubllette. El noble y simpático inglés Stuart, distinguido oficial de cazadores que de tiempo atrás prestaba con amor sus servicios al Estado de Calamar, y que por ellos estaba destinado á morir en un banquillo en 1816, junto con García de Toledo y otros patriotas ilustres, se instaló como jefe en el reducto, atraído por su importancia clásica, y pasaba en él las noches reclinado sobre la carronada del mortero, con la mecha encendida al lado. Recuerdo allí presentes á Carreño y Piñango, y á otros militares de lucido porvenir. Al principiarse las obras de fortificación, subía yo diariamente á pie dos veces de la ciudad al cerro y

pernoctaba abajo: después quedé incorporado á la guarnición por algún tiempo. Mi acompañante, asiduo en la supervigilancia de los trabajos, y quien durante mi ausencia llenaba oficiosamente en cualquier eventualidad mis funciones, y quien más me auxiliaba en la difícil tarea de proteger contra ruines insultos á los obreros españoles, era un joven venezolano, de nariz bien perfilada, tez blanca y cabos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto: á este joven oficial, la Providencia en sus altos designios lo tenía previsto para figurar un día en el catálogo de los más esclarecidos guerreros, libertadores de la América del Sur, con el glorioso título de *Gran Mariscal de Ayacucho*.

En su calidad de puesto avanzado y de mirador con vasto horizonte, La Popa, que durante la noche exigía vigilancia suma, aunque su acceso único estaba protegido por la artillería del castillo de San Felipe, proporcionaba durante el día para nuestro entretenimiento variados espectáculos. Del lado de la plaza y el mar los movimientos de la escuadra bloqueadora, repartida por mitades entre Punta Canoa y las inmediaciones de Bocachica; los de nuestra flotilla casi inútil de goletas, corsarios ó piratas, lanchas cañoneras y bongos de guerra en la bahía; los trabajos de los muelles ó arsenales; y muy de vez en cuando la aparición entre la bruma matutina de algún buquecito con víveres, que habiéndole amanecido cerca de la ciudad, hacía esfuerzos heroicos de vela y remo, siempre felices, para guarecerse bajo sus murallas eludiendo la persecución enemiga.

Unos veinte días consecutivos estuvimos observando con ansiedad la marcha lenta del casco viejo de un bergantín, que se intentaba conducir á remolque hacia Pasacaballos, para obstruir la boca de aquel estero: tan lenta fue en las cinco millas de trayecto, quizá por falta de vigor de los remeros, que no alcanzó á llegar á tiempo á su destino.

Del lado de tierra teníamos con frecuencia, al despuntar la aurora, las descubiertas enemigas de infantería y ca-

ballería, ó los grandes reconocimientos de pura ostentación del ejército español, que desplegaba en el fondo del playón sus hermosos batallones y escuadrones de relucientes armas, hasta donde nuestros fuegos se lo permitían, y avanzaba piquetes sueltos para explorar los bosquecillos y para dejar intimaciones ó proclamas en tablillas puestas al extremo de un palo hincado en tierra. Estas excursiones solían organizar pequeños tiroteos con partidas de la guarnición de la plaza, también en descubierta, ó apostadas al efecto. Quedó abandonado un día el cadáver de un soldado español: conducido á Cartagena, la turba embravecida del barrio de Jimaní se apoderó de él para arrastrarlo por las calles mutilado, con febril regocijo. En otra ocasión, una partida nuestra de húsares, mal montados y peor comidos, se emboscó en las avenidas del playón con el encargo de coger vivo algún soldado de quien pudieran obtener informes, y esto dio lugar á una interesante escena. Habiéndose adelantado de un piquete enemigo dos hombres en famosos caballos, y uno de ellos, que avanzó algunos pasos para clavar, según costumbre, un palo con la tablilla que conducía, fue rodeado súbitamente por nuestros húsares; advirtiéndolo el camarada, voló sin vacilar en auxilio suyo con sable en mano, desparpajó á los contrarios en un abrir y cerrar de ojos, y ambos, sanos y salvos, se reincorporaron á pequeño trote en sus filas.

Nosotros los espectadores de la Punta del cerro aplaudimos con estrepitosos palmoteos acción tan gallarda, que nada perdía de su mérito por la notable diferencia de cualidades físicas entre los combatientes.

En la madrugada del 11 de Noviembre fue atacada La Popa por una columna de ochocientos hombres escogidos, que acaudillaba el más distinguido oficial de cazadores del ejército español, Teniente Coronel Maortua, y que al favor de las tinieblas y de un profundo silencio, había logrado trepar sin ser sentida ni ofendida. Las fortificaciones, sus leales defensores, que no llegaban á doscientos útiles, y su

hábil jefe Soublotte, correspondieron dignamente á las esperanzas fincadas en ellos, luciendo sobre todo por su tino y sangre fría el Comandante Stuart, inmóvil en su reducto. Parte del combate se sostuvo cuerpo á cuerpo y á la bayoneta en la línea de los parapetos, que escalaron sin salvarlos algunos oficiales y soldados y un valientísimo corneta: llovían sobre la meseta interior las granadas de manos enemigas, y sobre los pelotones enemigos la metralla de Stuart, en tanto que hacía su oficio el fusil, á pecho descubierto en el ataque y con mediano abrigo en la defensa. En menos de tres cuartos de hora la función había concluído al sonoro grito de ¡Viva la Patria! y los asaltantes descendían precipitadamente en derrota bajo el mortífero cañoneo de las baterías de San Felipe, dejando tendidos los cadáveres de muchos de sus compañeros al pie de las escarpas y en un largo espacio de las faldas adyacentes: el bravo Maortua quedó exánime á la orilla del foso. En honor de la verdad diré, que no tuve yo participación en la refriega: enfermo de disentería, como tantos otros, había bajado al recinto de la plaza, y aquella gloriosa madrugada me encontré de servicio en el frente de Santa Catalina.

No fueron más afortunadas las tropas españolas en el asalto que algunos días después intentaron sobre el aislado castillo del Angel, á la orilla del mar, fuera de Bocachica, en donde mandaba mi caro y desgraciado amigo el Coronel venezolano José de Sata y Bussy. Y á lo dicho se redujeron las empresas terrestres del Ejército sitiador en las cercanías de la Plaza.

Pero en la madrugada misma del espléndido rechazo de La Popa, forzaron con sus buques menores el mal defendido paso del estero de Pasacaballos, y entraron en la bahía, perdiendo la vida, entre otros cartageneros, el elegante joven Capitán Antonio Herrera, universalmente llorado. Ni fue posible impedir que la atravesaran luego para situarse en Caño Loro, sobre la isla de Tierrabomba, en

donde su escuadra podía proveerlos directamente de cuanto necesitasen, y que allí y en algún otro lugar á propósito para cruzar los fuegos, erigiesen baterías de artillería gruesa; con lo cual se estrechó más la línea del asedio y se embarazaron las comunicaciones con Bocachica. Ya no quedaban esperanzas de salvación en lo humano, y cada hora traía consigo nuevas angustias, nuevos padecimientos. En las noches de mar serena, las lanchas cañoneras de la escuadra se aproximaban enfrente de la cortina de La Merced y bombardeaban con poco riesgo el recinto principal.

El progreso de los estragos del hambre era en sumo grado afflictivo, pereciendo unos por falta de alimentos ó postración de fuerzas, otros por las enfermedades consiguientes á la mala calidad de la triste ración que se proporcionaban, y prolongando otros su miserable existencia escualidos, hebetados y con hinchazón progresiva en las piernas. Carnes y harinas podridas, bacalao rancio, caballos y burros en detestable salmuera, perros, ratas, cueros, eran el recurso de la generalidad desvalida, y escasas dosis de arroz con camarones secos y chocolate el de las familias acomodadas que habían salvado algo de las pesquias domiciliarias. Los extranjeros, dedicados á la infame especulación del corso, conservaban tal cual depósito oculto de víveres, y los beneficiaban sin misericordia, haciéndose, en cambio, dueños de las prendas de oro y piedras preciosas que existían en la ciudad. Y á pesar de tanta miseria y tantas congojas, nunca durante la época del sitio, que duró cerca de cuatro meses, se oyó á nadie hablar por desesperación siquiera de sometimiento á la antigua madre patria. Si, esto en los primeros días significaba patriotismo, en los últimos días tenía por causa inmediata el menosprecio absoluto de la vida, contraído por el hábito de los peligros y por contagioso hebetamiento. Por excitación reiterada de las autoridades, algunas de las más desdichadas personas comprendidas en la categoría de bocas

inútiles y acosadas del hambre, salieron por tierra de la Plaza, casi arrastrándose, en dirección al campo enemigo, y pocas alcanzaron á llegar á él, en tal estado que excitaron la compasión y obtuvieron asilo.

Un día se izó en las murallas la bandera inglesa, de orden de las mismas autoridades, con motivo de la aparición de un navío de guerra de Su Majestad Británica; supúsose muy pronto que aquello significaba invocar la protección inglesa, y que en el navío se habían embarcado los Diputados Ignacio Caveró y Enrique Rodríguez con dirección á Jamaica, encargados de proponer la ocupación de Cartagena por vía de protectorado; quimera irrealizable en la opinión de todos y que como tal se desvaneció sin dejar huella.

A miles ascendía ya el número de los muertos, y ni aun era posible dar sepultura á los muchos cadáveres esparcidos en casas y calles, cuya pronta putrefacción envenenaba el ambiente, cuando por el Jefe Militar, General Bermúdez, se resolvió, al principiar Diciembre, la evacuación de la Plaza y de todas sus mal gnarnecidas defensas, emigrando á todo trance por mar. El Gobernador, Sr. Juan de Dios Amador, se oponía á esta medida extrema, hasta con ruegos, ó pedía se la demorase siquiera por unos tres días, asegurando que según sus cómputos, no tardaría tanto en empezar á recibirse nuevos socorros de víveres de los Estados Unidos y de las Antillas; pero fueron vanas sus instancias. El tiempo acreditó la exactitud de sus previsiones; mas, á decir verdad, Cartagena no podía prolongar con buen éxito la resistencia, aun cuando se la proveyese de comestibles abundantemente en aquellas horas de agonía, y no obstante el numerosísimo hospital de los sitiadores. Nada más fácil para éstos, con dos mil hombres disponibles en tierra, que ocupar por el lado de la bahía su recinto exterior antes de una semana, tras él las posiciones aisladas de San Felipe y La Popa, y forzar luego á la rendición al recinto principal, ó tomarlo por asalto sin vía de escape para un solo individuo.

La evacuación, aunque erizada de dificultades y sujeta á peligrosísimas contingencias, que había que arrostrar de frente, era el único partido racional adoptable por quienes todo lo preferían al sometimiento.

En la tarde y en las primeras horas del 5 de Diciembre, previa la diligencia de clavar la artillería de las murallas, tuvo lugar el embarque de la emigración por la playa de Bocagrande, contándose para su transporte con trece ó catorce buques, la mayor parte corsarios y todos con capitanes extranjeros más ó menos metalizados y perwersos.

Nada de provisiones de pasaje, y ni aun suficiente aguada; nadie contaría para mantenerse sino con lo que hubiese puesto y asegurado á bordo, ó con lo que le suministrase la benevolencia ajena. Esqueletado yo y casi moribundo, por efecto de disentería y las fiebres, con las piernas hinchadas y pesadas de la rodilla al pie, fui á zambullirme en un camarotito de la goleta que me tocó, llevando al cinto algunas onzas de oro, y en un bolsillo una libra de chocolate para roer, de que me había provisto la venerabilísima matrona Sra. María Amador de Pombo, mi buena tía y madrina, que se embarcó también con toda su valiosa familia, compuesta de seis hijos, una nuera y su hermana, un yerno y una nieta. Compañeros nuestros de peregrinación eran, entre otros, los Sres. García de Toledo y Ajos, Miguel y Domingo Granados, el Coronel Sata, expirante, y el Capitán Juan Gual; unos iban apiñados en la cámara, otros en la bodega, y el resto sobre cubierta, cada cual como podía.

Pasámos la noche al ancla, y sin molestia de parte del enemigo, en el seno interior de la bahía. Al amanecer se observó con agradable sorpresa que un bergantín—goleta americana—conductor desde luego de provisiones, salvada la línea marítima del bloqueo, se hallaba muy cerca ya del frente de Santo Domingo, é inmediatamente volvió á tierra gente armada para recibirlo y reocupar la playa;

pero encontráronse cerradas las puertas de ésta, y defendidas por los prisioneros españoles y otros á cuya cabeza se había puesto el Comandante Manuel Guerrero, hijo de Cartagena, descorazonado ó desleal, con alguna artillería que rehabilitaron; negó el acceso que era imposible forzar, y al momentáneo júbilo sucedió la tristeza. De este buque se apoderó Morillo al ocupar la plaza, y de trece ó catorce más, cargados con víveres, hizo presa después por medio del engaño, conservando para el efecto el simulacro del bloqueo marítimo.

Aprovechando un buen viento, los buques de la emigración se movieron juntos á las tres de la tarde del 6, y á toda vela forzaron el terrible paso de Caño de Loro bajo un fuego infernal á quemarropa de las baterías enemigas y lanchas acadenadas en tierra, con insignificantes averías y la pérdida de unos pocos hombres: en mi goleta hubo tres muertos; un fraile entre ellos. Anclaron de nuevo en el Canal de Bocachica, recogieron otros pasajeros, salieron en dispersión al mar, con brisa favorable, cerca de la media noche; y aunque hubieron de pasar forzosamente á menos de medio cable de la fragata *Diana* ó de la corbeta *Ifigenia*, ó de algún otro de los buques mayores de la escuadra española, pasaron todos sin novedad por negligencia ó tolerancia: entonces siguió cada uno, hacinado de infelices fugitivos, el rumbo de su elección ó el que la Providencia divina tuvo á bien señalarle.

Mi goleta, desorientada, encalló sobre rocas á la tercera noche, en la costa del Istmo de Panamá, al norte de Chagres, frente á la boca del río Coclé; y su Capitán tuvo que abandonarla, después de habernos echado en tierra.

En la travesía había fallecido el Coronel Sata; en la playa de Coclé fueron á exhalar su último suspiro mi angelical prima Ana Pombo, mujer de Santiago de Lecuna, que estaba con ella, Juan Gual, y algunos otros desdichados. Era solitaria aquella playa, pero estaba cubierta de árboles de coco, cuya fruta y palmiche prestaron tal

cual refrigerio á quien pudo cogerlos; y habiéndose aventurado dos ó tres personas que conservaban cierto resto de vigor á cruzar el pequeño río y explorarlo hacia sus cabeceras, dieron afortunadamente con la choza de unos indios y trajeron de allá algunos plátanos y yucas, que en pequeñas raciones devorámos con avidez.

Algo más de una semana había transcurrido, semana de tormentos físicos y morales de todo género, bajo una atmósfera ardiente y lluviosa, cuando apareciendo el corsario español *La Hecha*, Capitán Bedoya, procedente de Portobelo, quedó decidida nuestra suerte; quizás menos desgraciada en general que la del resto de la emigración, víctimas en su mayor parte del brutal porte y la insaciable codicia de los desalmados piratas que les servían de conductores. Trasladados á bordo del corsario y tratados con humanidad, sin perjuicio de quitársenos el dinero y las alhajas que llevábamos, se nos condujo presos á Portobelo, y de allí á Cartagena, en Enero de 1816.

Tres de mis respetabilísimos compañeros quedaron comprendidos en la siguiente lista de ciudadanos eminentes y acrisolados patriotas con que inauguró en aquella ciudad su larga serie de fusilamientos oficiales el ejército español, llamado *pacificador*, tras los degüellos á sangre fría hasta de mujeres y niños, perpetrados por el monstruo Morales en el Lazareto de Caño-Loro y en Bocachica:

José María García de Toledo.

Dr. Miguel Granados, de Santamarta.

Dr. Antonio José de Ayo.

General Manuel del Castillo Rada.

Brigadier Manuel de Anguiano, español.

Teniente Coronel Santiago Stuart, inglés.

Martín Amador.

Pantaleón Ribón, de Mompo.

José María Portocarrero, de Bogotá.

Los demás presos fueron sometidos al servicio de azada y parihuela como presidiarios, ó trasladados, en cali-

dad de enfermos, al hospital militar, hasta que, ausentes Morillo y Enrile en el interior, y gobernando la plaza el caballeroso Coronel D. Gabriel de Torres, les otorgó indulto y libertad el Virrey Montalvo, el 30 de Mayo, en celebración de los días del Rey Fernando. Al año siguiente obtuve yo permiso para acompañar á mi padre (que de Dios haya), salvado por rara fortuna del patíbulo de los Próceres, en su viaje de proscripción á España.

Bogotá, 8 de Abril de 1862.

LINO DE POMBO

Corrección—En el artículo titulado *Hablan nuestros mayores*, que publicamos en este mismo número, se dijo, por error, que el Sr. D. Lino de Pombo murió en 1864, cuando en realidad falleció á fines de 1862.

NUEVO CANTO AL FUNZA

▲ LA RESPETABLE MATRONA D^a EMILIA ORTEGA DE GARRASQUILLA

¡Qué mal pensaba, oh río,
 Cuando soñé que fueran semejantes
 Tu destino y el mío!
 Tus ondas espumantes
 Miro otra vez y escucho cuál se pierde
 Tu formidable grito
 Por la extensión de la colina verde
 Y entre las mudas rocas de granito
 Que circundan tu bárbara grandeza,
 Para alzarse después al infinito
 —Gemido colosal de honda tristeza.—

De nuevo ante tu vista, temeroso
 Está el cantor aquel que en otros días
 Para ti tuvo un canto melodioso,